
EL DESEO

EDUARDO MITRE



Habría que ser Lucrecio
o al menos estar
con Susana San Juan
para hablar del deseo.

Pero a todos nos toca
su desvarío, y nos llevan
sus lenguas de fuego
a decir tantas cosas.

*(Dentro de ti, tú me mojas
con una lluvia de pétalos
—he oído decir al deseo
varias noches por mi boca).*

Continuamente al acecho
el deseo anda en círculos:
preso de su presa
y prisionero de sí mismo.

Con palabras y gestos
hila fino sus tramas.
Y más con silencios
y tenues miradas.

Su eterna carnada:
la promesa de un infinito
ilusoriamente escondido
en un cuerpo y un alma.

Carbón el deseo,
no quiere ser diamante
y quema el tiempo
en la brasa del instante.

Cabrón el deseo: fragua
navajas en los amantes
y convierte sus almas
en piel de tatuaje.

Solo, a morir y matar
juega el deseo. Por eso
le atraen como un imán
la muerte y sus cebos.

Apenas la ausencia
le despoja su cetro,
el deseo se encierra
en un castillo de espectros.

La llama del buen amor
le ahuyenta el miedo,
no el certero temor
de apagarse primero.

Oculto como un secreto
el deseo dibuja y borra
en la pizarra del sueño
su enigmática memoria.

Al fin poco o nada le queda
tras mucho arder al deseo
sino la cara intocable
del vacío en el espejo.

Blanco es el monasterio
donde se retira el deseo
a cultivar las palabras
en soledad y silencio.

Tantos años a su servicio,
no creo en sus desalientos,
pues todo lo vuelve racimo
apenas vislumbra un seno.

Padre y madre el deseo
que nos crea reales. Todos
—aun Dios— somos la imagen
que inventan sus velos.

Cuento de nunca acabar,
cuerpo que se deshace
y rehace, incesante,
como la música y el mar:
el deseo. *♫*